

UNA OPCION POLITICA PARA LOS CRISTIANOS

El auge de las "internas", con sus componendas y postergaciones, las disputas por los cargos electivos, la proximidad de elecciones para constituyentes, y otros temas de interés nacional no han logrado generar un espíritu participativo en los sectores populares. En los cristianos, como en buena parte de la ciudadanía, la indiferencia o el desinterés siguen ganando terreno...

Sin embargo, tampoco se visualizan esfuerzos por parte de la dirigencia política para revertir esta tendencia. Por el contrario, cada uno pareciera estar enfrascado en la suya sin preguntarse siquiera las causas del fenómeno que va devalutando la participación y la movilización.

El descreimiento en la dirigencia, la crisis de la representatividad, la burla a las expectativas generadas, y la conciencia ya bastante aquilatada de que la política es "cosa sucia", que "otros son los que la tienen que hacer", etc. pueden apuntarse como algunas de las causas de este debilitamiento de la participación política de los cristianos.

Sin embargo, los cristianos estamos urgidos por el Evangelio a asumir un compromiso activo en la construcción de la sociedad temporal. El Concilio, Medellín, Puebla y el mismo Episcopado Argentino han insistido en esta responsabilidad laical.

El compromiso político de los cristianos en la realidad argentina de hoy requiere reflexión, imaginación y creatividad para responder con criterios que no resulten una traición a los intereses del pueblo.

El descreimiento en torno a las estructuras partidarias ha llevado a muchos grupos y comunidades a centrar su actividad en el terreno de la promoción social, la ayuda mutua, la lucha vecinal y otras loables formas de compromiso social.

Sin embargo, a poco de andar surge con claridad que toda acción en favor de los demás, sobre todo de los sectores más postergados, encuentra límites serios en la medida en que los resortes del poder siguen en las manos de quienes se acuerdan del pueblo a la hora de las elecciones pero lo olvidan cuando han conquistado sus sillones.

La opción por los pobres, que toda la Iglesia ha hecho suya —al menos en sus documentos—, necesita no sólo plantearse el problema político sino también la construcción de herramientas eficaces que permitan conquistar cuotas de poder en beneficio de los sectores populares.

El fecundo trabajo de unidad y coordinación que se viene desarrollando en los barrios, con la participación de todas las entidades de bien común, deberá avanzar —para ser plenamente eficaz— hacia formas de participación política que posibiliten elegir a genuinos representantes, más allá de las banderías partidistas, para superar las falsas divisiones que se introducen en los sectores populares, donde la necesidad une a todos en un mismo interés: la lucha por condiciones dignas de vida.

Luis M. Baronetto

Galería Cinerama Local 19

excelente

CALIDAD - ATENCION - PRECIO
Jugos - Sandwichs - Alfajores - Helados
Vinos Finos - Tortas y
Artículos de regalos
Se reciben pedidos: T.E. 720760

Cuento desde los barrios

LA CANCION



La llovizna golpeaba cautelosa en el techo que formaban los paraguas. El sepulturero reprimía un insulto mientras renegaba de la humedad, de la tierra que se pegoteaba en sus zapatos viejos. En una rueda silenciosa de trajes negros, rostros contraídos y miradas al ataúd, alguien estornudó; el frío golpeó los árboles; se ahogó un llanto; después se levantó una pala y dejó caer la primer tierra, a lo que después de un tiempo sería tierra.

La silla de ruedas crujió despacio; Aníbal pensó que debía enaceitarla, al empujar a Carlos vereda abajo, en dirección del auto gris que los aguardaba.

Con la ausencia de Juan la casa se veía algo sombría. Raquel dejó el tapado de piel en el perchero; lo mismo hizo Antonio con su sobretodo. Después, por la puerta abierta de par en par, entró la silla de ruedas empujada por Aníbal, que se lamentó por las huellas que la misma dejara en el piso de granito. Carlos le pidió un café y que lo dejara en la habitación de Juan; Aníbal tropezó con su padre que lloraba en la cocina, y enchufó la cafetera. "¿Por qué? ¿Por qué a nosotros?" preguntó Raquel, su madre, como hablando al signo infimo que se abría a su paso, un signo que ni siquiera insinuaba una pregunta. Aníbal, en silencio, golpeaba una cucharita en la piedra de la pileta. "Por favor, no hagas ruido; hoy hasta el ruido de la heladera es triste". La cucharita se suspendió en el aire, golpeó ligeramente la mano de Aníbal, giró con desgano, después en el pocillo, y Aníbal caminó con desdén hacia la habitación de Juan, que ya no vendría a ocuparla más. Vio a su madre hojeando un libro viejo; el libro se suspendió en el aire como una prolongación de su extremidad: otra vez "Memorias de Guerra", como lo hacía siempre. Creyó que Antonio jamás había leído otra cosa; todos los comentarios en el almuerzo eran siempre lo mismo: Hitler, el mejor estrategia militar, la conquista de Polonia y su pesada sonrisa añorando los uniformes, el respeto militar y las guerras conocidas.

De alguna manera, al encontrar silencioso a Carlos, no quiso perturbar, pues el silencio era la forma en que sus ojos sin luz develaban la tristeza. Pero fue inevitable el ruido de la puerta al abrirse. "Dos cucharadas" —dijo Carlos. Tanteó el pocillo y se lo llevó a la boca, dio dos sorbos y lo depositó en el platillo que sostenía con la otra mano. Aníbal hojeó unos libros; a cuántos de estos, en las noches, había interrumpido Juan por correr al dormitorio de Carlos a sus llamados: acompañarlo al baño, alcanzarle un vaso de agua, acomodarle la almohada, friccionarle sus piernas y esperar que se durmiera. Se restregó el pelo; debió pensar que ocuparía ese mismo lugar.

La casa, esa inmensa mole de cemento, se cubría de gente, se perforaba de personas bien vestidas, con aire aristocrático y perfumado. Aníbal, con una sonrisa colgada de su cara, y el enigmático Carlos, con sus gafas, la silla de ruedas y el silencio. Muchas veces pensó Aníbal en la posibilidad remota de

que un día de fiesta, en el recibidor pudiese de una vez por todas decir lo que sentía. Entonces, el señor de corbata azul y la señora de tapado de piel les diría: "¡Buenas noches, señor, señora, váyanse a la mierda!". Cuando al fin terminaban de llegar y se dispersaban como gusanos exhalando hedor por sus bocas y espumarazos verdes por sus traseros, caminaba treinta y dos pasos sin dejar la sonrisa; doblaba dando un suave apretón a la izquierda; la rueda giraba suavemente. Veinticinco pasos y se detenía frente al bar; licor de menta para Carlos y caña quemada para él. Treinta y dos pasos al lado del ventanal de las cortinas púrpura; del hastío al tedio, treinta y dos pasos. Carlos jugaba al oficio mudo, mientras Aníbal despeluzaba el bolsillo del traje gris, mientras recordaba la canción de cuna más antigua del universo. Fiesta tras fiesta era lo mismo: treinta y dos pasos, veinticinco pasos, los pasos justos para ver escapar su cielo, para sumergirse en un infierno de champagne, confites y sabor a chocolate. Aníbal pensó que esto era la antesala del infierno, o tal vez el mismo infierno. Llevaba a cuestas una silla de ruedas por toda la casa soportando la pesadez de Carlos insoportable. A veces, las noches eran gigantes que volvían a agitar sus sueños en un mar negrozco, profundo.

Cuando conoció por corridas en la panadería a Susana, pensó que era la más hermosa mujer de la tierra. Todo comenzó con un "Buen día", para transformarse al tiempo en una necesidad increíble de verla. En las mañanas corría a la panadería, y se detenía en charlas que eran cortadas por los rezongos de Raquel; hasta que llegó lo inevitable: su madre buscaría el pan.

Carlos, sumergido en silencio, repartía órdenes caprichosas y Aníbal obedecía; primero con una pasividad fruto del reconocimiento a la debilidad de Carlos; después, con una resignación a su destino. Carlos lo requería en todo momento, con calambres de abdomen, frío en las piernas, dolores de cabeza, molestias en los ojos. Ya el estudio se fue quedando atrás, como si la historia se hubiese detenido caprichosamente por deseo de Carlos, la pesadez de su madre y los discursos prolongados en el comedor con los planos estratégicos del avance hitleriano sobre territorio ruso, intercambiado por el: "si no hubiese muerto Juan, tú serías militar". Al fin y al cabo, Aníbal bendijo la muerte de su hermano.

Un tremendo torbellino de ideas flotaba sin cesar en su cabeza: "si algún día pudiera conocer su tierra". Unas ansias milenarias golpeaban sin cesar su hastío duradero. Se elevaba por mares y montañas y a cada paso, la figura de Carlos tropezaba a su lado. Entonces, soñaba en voz alta, y Carlos se lamentaba. Al fin, optó por no comentar a nadie su sueño.

El martes 20, víspera de primavera, amaneció lluvioso. A la tarde se limpió un poco, y la casa tomó un brillo especial. Los estudiantes colgaron en las calles cordeles que iban de un foco al otro de enfrente, y vistiéndolos de flores y papel crepé, de ramos de olivo hechos de alambre y papel verde. La avenida principal se elevaba a medida que una brisa suave movía los cordeles, y éstos las flores, los estudiantes pintaban columnas de alumbrado, vestían próceres y cantaban a coro con sus guardapolvos cubiertos de nombres, firmas y dibujos.

Aníbal los miraba desde el ventanal de las cortinas púrpura: sonreía de tristeza y de ganas. Sus estudios habían quedado colgados en la repiza, y sin pensarlo, supo que no volvería a tomarlos más.

Muchas veces pensó que Antonio debió haber sufrido bastante, porque la idea de que su hijo debía haber sido militar era enfermiza, pues pensaba que sólo a una persona que no encajaba bien se le ocurría que ellos eran superiores, y que por lo tanto debía ser militar ya que ellos a todos los civiles les llamaban subordinados.

Antonio poseía una mirada fuerte, autoritaria. Le contaba su madre que cuando nació Juan, y la partera gritó "es varón" él se paró firme, hizo un saludo militar, y dijo con voz fuerte: "¡Viva la Patria!". Pero poseía una extraña concepción sobre la patria. Concebía que los pobres eran vagos y civiles; y los ricos, trabajadores y militares. Cuando para Aníbal este extraño paralelismo era totalmente distinto: los trabajadores pobres, los ricos, vagos (militares o no). Se clarificaban las cosas con un dicho particular: el que sabe, sabe y el que no sabe, es jefe.

Raquel, sin embargo, era totalmente distinta. Desde el nacimiento de Carlos se había empeñado en hacer fiestas todos los sábados: primero por hacer ver que haría todo lo posible por aliviar el dolor de un hijo paralítico y ciego; después para olvidar el error de aceptar que Carlos se quedara en casa, después para justificar su error; y al fin por costumbre, una costumbre que para Aníbal era más antigua que la maldad de los hombres.

Cuando Aníbal se preparaba para entrar al liceo, murió Juan, "Juan". Al cabo de perder la compasión que sentía, pensó que Juan era un servil sin sueldo; el que mantenía la pieza de juegos intacta, limpia la habitación de Carlos, y al corriente todas las necesidades de la familia. Al fin y al cabo, pensaba Aníbal, cuando estuvo cansado, simple y llanamente se dejó morir, porque de esa prisión no escaparía con vida.

Fue el recuerdo de Juan, del entierro, de la lluvia, lo que llevó a Aníbal a poner en la mente de Carlos la idea de un sur hermoso, de grandes lagos, de gaviotas blancas, de montañas verdes, de nieve blanquísima en invierno, de manzanas frescas, de ovejas mansas y cielo azul; un sur donde en el leve rumor de las olas se escuchaba la mágica palabra de Dios; donde se olvidaban todas las impotencias, y por el sólo hecho de respirar se adivinaba el paisaje. Fue la primera vez que Carlos temblaba de alegría. Compartieron rutas haciendo dedo, viajando felices, dibujándose el paisaje de flores que veían a su paso. Pero no salían de la habitación. Con llave, la puerta no cedía al atropello de su padre, a la loca histeria de su madre. Fue la primera y última vez que Aníbal se sintió feliz, libre, perfectamente puro, de la mano de Carlos, que transpiraba en loca algarabía, en sueños fantásticos de magos y de orquídeas de fuentes y de lagos. Reían y sus risas salían como palomas, volando en un cielo azul de primaveras.

La puerta no cedió a los golpes de Antonio; por más fina que fuera, no cedería: por el ropero, la cama, la mesita de luz y la silla de ruedas recostadas sobre ella.

Después, una sola voz formaba un paisaje maravilloso, donde los pájaros, en honda armonía con los hombres, dormitaban en sus camas, y purificaban las verdes praderas el canto de los niños y el llanto de la tristeza que no llegaría a ese lugar, jamás.

Cuando cedió la puerta, encontraron a Carlos recostado en las piernas de Aníbal, abiertos bien los ojos, como contemplando un resplandor, y sin moverse, porque ya no se movería jamás. Y Aníbal, contando de la gaviota que le robará el nombre...

Al abrir la puerta, espantaron a unos pájaros que cantaban en la ventana, una canción que ni Antonio, ni Raquel, ni Hitler, ni Napoleón, ni Franco, ni Pinochet habían escuchado nunca... Era un llanto hecho canción, un llanto feliz de niños, de campos verdes, de cielo azul, de trigo limpio y de esperanza...

Afuera, los estudiantes, hicieron silencio y escucharon.

Domingo Racedo